

El “Borugo” Rodríguez

ARTURO ALAPE

Un danzón cubano y un cabaret de Cali sirven de fondo a la historia de un agente secreto del gobierno colombiano que, después de un oscuro episodio en el Bogotá de los años cincuenta, terminó sirviendo a la dictadura de Somoza, en Managua.

Los lectores de tomos empastados de periódicos, poseemos el deleite emocional de reencontrar en las noticias leídas ciertas relaciones con momentos de la vida personal. Relaciones que, con sus sorpresas, resultan humanamente reveladoras. La noticia fechada en febrero 26 de 1958 que regresó mi memoria al famoso danzón cubano “Almendra”, es la siguiente: Habla de que Jorge Hernando Rodríguez (alias “El Borugo”) aspira conseguir el salvoconducto por medio de la embajada de Nicaragua para salir del país, por considerarse “un perseguido político”. El personaje, que por un hecho fortuito había conocido en Cali, ahora aparecía fotografiado de frente y de perfil, de corbatín y de gafas, en una pose, y con ojos miopes semicerrados en la otra, y con el número 177765 sobre el pecho. Entonces regresé la memoria al hecho fortuito: lo había conocido en Cali, en una casa de citas de altísimo cartel. De muchacho trabajaba como cantinero en aquel sitio, por estrictas razones de penuria económica. No sabía que lo apodaban “El Borugo”; era un cliente que recientemente llegaba al establecimiento. Durante una tarde y el transcurrir de la noche, él, bogotano y arrítmico, torpe como ninguno, intentaba bailar con Elvia, una chica de Manizales, el danzón “Almendra”. Los dos no se encontraban con el ritmo

maravilloso del danzón, mucho menos se encontraban con sus ritmos interiores. “El Borugo”, al abrir los brazos para abrazar a Elvia, dejaba ver en la pretina un revólver, como clara advertencia de hombre no pacífico. Yo, enloquecido cerca del tocadiscos volvía a poner la pieza una y otra vez, y cuando le servía el trago al “Borugo”, le rebajaba al licor un par de centímetros como necesaria clavija.

Elvia Bedoya había llegado recientemente al prostíbulo, traída por un taxista desde la capital de Caldas. No era una mujer hermosa ni despampanante, pero su juventud la volvía atractiva. Lo cierto es que le gustó al “Borugo”, se enamoraron y él la sacó a vivir decentemente, la trajo a Bogotá y la metió a una habitación del sur y la visitaba diariamente.

Ávido volví al tomo de periódicos empastados y leí la noticia de que Hernando Rodríguez, “El Borugo”, viajaba hacia Managua como exiliado político. La noticia ampliaba oscuros pasajes del “Borugo”, con los cuáles se hacía un retrato cabal del personaje:

Jorge Hernando Torres o Jorge Hernando Rodríguez, de aproximadamente cuarenta años de edad, manejaba una adiestrada sonrisa que lo hacía pasar por una persona tranquila en su carácter. Era de baja estatura, gordo, moreno y con una notable miopía que le imponía el uso de gruesos

anteojos, pero disparaba y siempre acertaba. "El Borugo" parece que recibió este apodo por cierta semejanza con el animal del mismo nombre, cuya carne, por ironía, es por cierto muy delicada. "El Borugo" ingresó al departamento de agentes secretos y criminales del G-2, grupo que cometió, encubierto por altas esferas gubernamentales, el asesinato del abogado José Uriel Zapata, cuyo cadáver mutilado arrojaron al salto del Tequendama.

La primera actuación "oficial" del "Borugo" fue su intervención como custodio de Laureano Gómez, cuando el expresidente era conducido al avión que debía llevarlo al extranjero, en la mañana del 15 de junio de 1953, cuarenta y ocho horas después del golpe de cuartel de Rojas Pinilla. En fotografías de prensa, "El Borugo" aparecía vistiendo su inconfundible gabardina, al lado del expresidente, hasta el momento en que lo llevó al borde del tetramotor.

Por su pinta de anteojos gruesos y gabardina "El Borugo" asumía la pose y se hacía llamar "el doctor gafas". En una cantina situada al sur de la ciudad, el doctor gafas, después de ingerir bebidas alcohólicas en compañía de dos amigos de la secreta institución, sacó su revólver y certero disparó sobre la dueña del establecimiento, Ana Sofía

Navarro, quien cayó a tierra y falleció en pocos minutos. El doctor gafas desapareció de inmediato. El juez a quien le correspondió la investigación del crimen no logró avanzar en su esclarecimiento, y en pocos días le "echaron tierra" "...La ley no come ley, tampoco investiga a quienes son sus ejecutores.

A Hernando Rodríguez, alias "El Borugo", se le imputó en la época su activa participación en los trágicos sucesos del 6 de septiembre de 1952, cuando fueron incendiados y destruidos *El Tiempo* y *El Espectador*, la casa de la Dirección Liberal y las residencias de Alfonso López y Carlos Lleras Restrepo. "El Borugo" y sus amigos nunca fueron investigados judicialmente. La justicia no juzga a los suyos.

Una tarde del 6 de Octubre de 1953, los inquilinos de la casa donde vivía Elvia Bedoya, oyeron un disparo. Elvia, que se encontraba a solas con "El Borugo" en su habitación, resultó herida de un disparo en el abdomen: el tiro de revólver le atravesó el flanco derecho, a la altura de la última costilla. El disparo había salido de una pistola que utilizaba "El Borugo". Hernando Rodríguez llamó a dos amigos y junto con ellos condujo a su amante a la clínica Santa Lucía, allí pidió auxilios para la muchacha, manifestando que

estaba enferma. Los médicos localizaron la herida de bala, y cuando decidieron operarla, poco después le sobrevino una peritonitis y Elvia Bedoya dejó de existir. Para evitar la denuncia, "El Borugo" dijo que era guardaespaldas del presidente Rojas Pinilla y exigió que debía expedírsele un certificado de defunción en que apareciera que la mujer había muerto de peritonitis. Los médicos se negaron, pero de inmediato fueron amenazados con pistola por "El Borugo". En estas condiciones el hombre pudo dar sepultura a su amante sin ninguna investigación.

Volví a la lectura de los tomos de prensa empastados: la noticia dice que "El Borugo" goza de plena confianza en los cuarteles militares de Managua: Ahora es miembro activo del servicio de seguridad de Nicaragua...

Regreso tras las huellas de la memoria: Veo la imagen de Elvia Bedoya, tambaleándose en su equilibrio para llevarle el ritmo al "Borugo", embrutecido por la borrachera, mientras suena el danzón Cubano "Almendra", con esa música que se explaya con sus hálitos de vuelo infinito.

Tomado de *El Espectador*, edición Bogotá. Santafé de Bogotá. Octubre 18 de 1998